

¿Acaso se dejó vaciar de poesía?  
¿Moriría de tisis, de beber o de chic?  
O quizás, finalmente: de nada...  
O bien de Mí.

—**Tristan Corbière**

*Pobre muchacho*



Álvaro acopla la lengua a la verga eyaculante y se sorprende de no sentir nada. Más se sorprende cuando el semen estalla ocupando los espacios vacíos y sigue sin sentir nada. Se trata aún de algo táctil, una parte de su cuerpo en contacto con un elemento líquido recorriendo el paladar. Cuando se activa el gusto, cuando lo viscoso y cálido da lugar a lo amargo o a algo parecido, ahí tiene la primera arcada. Todo dura un segundo pero en su mente puede identificar fases y circunstancias completamente distintas

Experimenta un acceso cálido que recorre su cuerpo. Placentero, casi como lo que se había imaginado. Lo que estaba buscando. Algo que no tiene nada que ver con lo sexual. Lo ha racionalizado tanto que se parece más a un *Power Point* para la FIU que a esta mamada anónima en el estrecho sendero que va de Meridian Avenue al alleyway, entre el remodelado condo art decó y la medianera.

“Creo que esos comportamientos erráticos y extraños tienen que ver con algo del orden de la autoflagelación. Esas conductas, como tú mismo has remarcado, comenzaron tiempo después de la muerte de Bryan” dijo un par de horas antes su analista, la de Boca Ratón, que se había decidido por fin a opinar algo después de siete

meses de terapia. Lejos de preguntarse si estaba bien o mal lo que hacía, esa explicación le dio alas, le dio una razón de por qué hacía lo que hacía. Se le rió en la cara. No por absurda sino porque le parecía tan obvia que le hizo gracia que se lo tuviera que decir otra persona.

Sin retirársela de la boca, el tipo mete la mano en un bolsillo. Prende un porro. Tiene las muñecas vendadas con gasa de hospital. El jean azul apesta a transpiración, algo que en Miami no representa ninguna rareza. Álvaro empieza a sentir dolor en las rodillas. Trata de contener una nueva arcada. Le parece más freak vomitar que tener la verga de un extraño en la boca, una idea ajena hasta hacía unos quince minutos atrás. Escupe los mecos sobre la ajada bota izquierda de cuero marrón del tipo que no se altera. Álvaro se pone de pie, se quedan frente a frente, se miran. El tipo da una larga pitada, le extiende el porro y se pone a mear. Él, que no fuma, acepta.

Wey, qué haces.

Jo, y a ti qué mierda te importa, tío.

Yo vivo aquí.

Álvaro presta atención al largo meo, potente, direccionado al centro de la taza. Un statement, piensa. Todo significa muerte y sexualidad, leyó una vez en algún

lado refiriéndose al psicoanálisis. Remite a sexualidad que en los mingitorios el hombre asuma que a mayor ruido mayor virilidad.

El tipo no levanta el asiento del inodoro, no tira la cadena ni se lava las manos. No pide permiso cuando empieza a revolver alacenas ni cuando abre el refrigerador.

Porca miseria, tío. ¿Tienes hambre?

A-já.

¿Y coche?

Un par de niños los rebasan y corren hacia las fuentes con peces y flora autóctona de la Florida, el último orgullo de Lincoln Road. Se sientan en una mesa de *Baires Grill* casi en el last call. Álvaro le dice a la camarera que él no necesitará los cubiertos y ella los regresa a los bolsillos de su delantal. Mientras aguarda el encargo, la metiche les habla de la sequía que azota a Miami y de las empanadas cortadas a cuchillo: la carne es mucho más jugosa. Álvaro evalúa a quién de los dos trata de seducir la verborrágica argentina.

Bonita, no entiendo qué diferencia puede hacer un jodido cuchillo,

Wey, en el carro no.

Joder, broder. ¿A ti no te ha pegado el bajón?

Es el carro de mi jefe.

¿Y qué mierda haces con el carro de tu jefe?

El carro de mi padre.

Oh, gotcha. Los padres son un jodido liability. ¿Y qué te dice?

Decía. Murió en agosto.

Joder, ¿entonces?

Lo cuidaba mucho. Nos decía que el auto se comportaba mejor que nosotros.

¿So?

Es la primera vez que lo uso.

¿Desde que murió?

No, no. La primera vez que lo uso. Period.